

LOS VALORES MORALES EN LA DOCENCIA MÉDICA (PRIMERA PARTE)

Jaime Casasbuenas Ayala

I. MD.

“No basta con enseñar a un hombre una especialidad... Es necesario que logre una comprensión de los valores... Debe adquirir un vigoroso sentimiento de lo bello y lo moralmente bueno...si no es así... Con todos sus conocimientos, más parecerá un animal adiestrado que una persona armoniosamente desarrollada”.

Albert Einstein, 1952

Justificación de la enseñanza de los valores morales

La necesidad de la formación en valores se ha puesto en evidencia especialmente a partir de la segunda guerra europea que exhibió las más crueles e impunes violaciones de los derechos humanos. Por tales razones la educación superior, tanto la europea como la occidental, ha sido severamente cuestionada, ya que la sociedad actual, sorprendida ante la atroz paradoja de que las naciones con instituciones educativas de tan alto valimiento hubiesen permitido tales desafueros, plantea debates obligatorios sobre temas tales como ciudadanía, ética, moral y valores morales que considera necesarios para que podamos hacernos, con alguna posibilidad de certeza en las respuestas, las preguntas necesarias sobre cuál es el mundo que queremos. Para lograrlo habrá que hablar de formación global e integral, de formación planetaria tal como lo plantea la United Nations, Educational, Scientific and Cultural Organization (UNESCO), entidad dependiente de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), sobre todo a partir de las propuestas de E. Morin que publicadas con el título de “Los siete

saberes necesarios para la educación del futuro” mantienen su vigencia, ya que pone de presente la necesidad imperativa de a) Combatir las cegueras del conocimiento; b) Aprender los principios del conocimiento pertinente; c) Enseñar la condición humana; d) Enseñar la identidad terrenal; e) Aprender a enfrentar las incertidumbres; f) Enseñar la comprensión; g) Conocer y practicar la ética humana.

Combatir las cegueras del conocimiento

La educación debe mostrar que no hay conocimiento que no esté amenazado por el error y por ello ha de dedicarse a la identificación de los orígenes del error así como de sus tensiones y sus cegueras. Los principales errores son a) Los mentales ya que la memoria puede estar sujeta a numerosas fuentes de error; b) Los intelectuales conformados por teorías y doctrinas. Las teorías aceptan la posibilidad de ser refutadas pero las doctrinas son casi siempre invulnerables a cualquier crítica; c) Los errores de la razón: la verdadera racionalidad se reconoce por su capacidad para reconocer sus insuficiencias, ya que conoce los límites de la lógica y del determinismo.

*Correspondencia: jaimecasasbuena@hotmail.com

Fecha de recepción: 22 de julio de 2012 - Fecha de aceptación: 26 de julio de 2012

Las pertinencias indispensables

a. El conocimiento

El conocimiento del mundo se ha vuelto una necesidad vital e intelectual y aquí surge, como se verá adelante, el problema universal para todo ciudadano, o sea ¿cómo lograr el acceso al conocimiento del mundo y como organizarlo? Hay una incongruencia cada vez más amplia entre nuestros modestos saberes desunidos y divididos ante realidades cada vez más multidimensionales, globales y planetarias. El uso del agua y los alimentos son un buen ejemplo, ya que 1.100 millones de personas carecen de acceso a ella y 60% de la población se ve obligada a vivir en regiones carentes de la misma en tanto que en los últimos 50 años un tercio de la pesca se ha agotado y el 90% de los atunes, tiburones y meros se han eliminado en virtud del desarrollo de tecnologías de pesca altamente eficientes pero que carecen del sentido social de su gestión que en últimas puede clasificarse de depredadora. El siglo XX ha producido progresos gigantescos en todos los campos del conocimiento utilitarista, pero ha generado el desconocimiento de los problemas planetarios.

b. La condición humana

La educación del futuro ha de ser una enseñanza universal, pero centrada en la condición humana a diferencia de lo que vemos actualmente en que hay un agravamiento de la ignorancia del todo mientras que hay una progresión asombrosa del conocimiento de las partes. Se hace imperativo, entonces, ubicar la condición humana y la resultante de las ciencias humanas para aclarar sus complejidades integrando el aporte de las humanidades, siempre inestimable, ya que el hombre solo se comporta como ser humano por la cultura y no hay cultura si no hay cerebro humano capaz de aprender para actuar, ya que la cultura precede al conocimiento para orientarlo, sostenerlo y definirle sus objetivos. Lo paradójico es que la sociedad actual se componga de seres humanos que viven para el individuo, pero que éste no viva para la sociedad. Todo desarrollo humano significa desarrollo conjunto de las autonomías individuales, de las participaciones comunitarias y del sentido de pertenencia con la especie humana. Esta es la trilogía individuo – sociedad – especie. La educación debería entonces ilustrar

el destino de la especie humana, el destino individual, el destino social y el destino histórico, todos ellos inseparables, para lograr el conocimiento de la forma de nuestro arraigamiento como ciudadanos de éste y no de otro planeta.

c. Enseñar la identidad humana

Nuestra era se caracteriza por el culto a la violencia, y el antagonismo bélicos. La invasión de América y de África y los conflictos guerreros en Europa y Asia produjeron hecatombes, y grandes crisis económicas, pero también una población global cada vez más numerosa, ya que de 900 millones de habitantes pasó en un siglo a más de 7.000 millones en el año 2011. El desarrollo técnico tan ostensible en las actividades guerreras tiende a suprimir las diferencias humanas pero ha creado más problemas de los que ha resuelto. Un ejemplo es que 1.500 millones de personas carecen de acceso a la electricidad. Ello ha conducido a la crisis de la civilización que afecta a las sociedades prósperas del occidente expresada en hechos tales como que las ciudades ocupan tan solo un tercio de la superficie del planeta pero consumen el 70% de la energía y producen el 70% de las emisiones de carbono. Por ello es necesario aprender a estar ahí en el planeta, o lo que es igual, aprender a vivir, a compartir, a comunicarse como seres humanos y por tal razón el ser humano debe reconocer su unidad dentro de la diversidad, comprender la conciencia de habitar con todos los seres humanos una misma biósfera para poder alimentar la aspiración a la convivencia. Debe permitir asimismo que se imponga el doble imperativo antropológico: salvar la unidad humana y salvar la diversidad humana.

d. Enfrentar las incertidumbres

La educación del futuro debe tener en cuenta las incertidumbres ligadas al conocimiento asumiendo que efectivamente existen. (Aquí no se hace referencia al principio de incertidumbre de Heisenberg ni a la constante de Plank). Existe la incertidumbre de lo real (nuestra realidad no es otra cosa que nuestra idea de la realidad). La incertidumbre del conocimiento que lleva en sí mismo el riesgo de la ilusión y del error. La incertidumbre de la acción que se presenta con cuatro principios: 1) El de riesgo que conlleva la precaución; 2) El del fin

y el de medios; 3) El de la acción y del contexto y 4) El de la apuesta ante la estrategia, cuya combinación ha permitido, a través de la historia, que lo imposible se vuelva posible y que lo inesperado se realice, por lo cual la educación debe confiar en lo esperado pero trabajar también por lo probable.

e. Enseñar la comprensión

La misión espiritual de la educación consiste en enseñar la comprensión entre las personas como condición y garantía de la solidaridad intelectual y moral de la sociedad, pues la sola comunicación no significa comprensión. La ética de la comprensión pide argumentar y refutar en vez de excomulgar y anatematizar pues no excusa ni acusa. La comprensión entre sociedades supone sociedades democráticas abiertas lo que exige una gran estructura de pensamiento que comprenda las causas de la incomprensión y pueda superarlas. Como la comprensión es a la vez medio y fin de la comunicación humana se necesita que la educación del futuro aborde una transformación de la mentalidad de nuestra sociedad.

Ética de la raza humana

La raza humana comprende la triada individuo-sociedad-especie, inseparable y coproductora. La ética humana o antropoética permite asumir la condición humana, trabajar para la humanización de la humanidad, obedecer, guiar a la vida, lograr la unidad planetaria, respetar en el otro tanto la diferencia como la identidad, desarrollar la solidaridad y la comprensión. En una palabra, la antropoética supone la regeneración del civismo, de la solidaridad y de la responsabilidad. Es que la humanidad dejó de ser una noción abstracta, ya que se volvió una comunidad de destino que está amenazada de muerte. El imperativo es realizar la humanidad para poder salvarla. Y una de las maneras es aprendiendo a no ser indiferentes ante las violaciones de los derechos humanos.

Ética cívica

Comprende los valores mínimos que debe tener una sociedad en la que conviven personas diferentes: la libertad, en la que la persona es libre para determinar lo que desea siempre y cuando no violente la libertad de los demás. La igualdad por medio de la cual una persona tiene las mismas

oportunidades para obtener logros necesarios que le permitan llevar una vida digna. La solidaridad que le permite a una persona prodigar ayuda a las personas incapaces para que estas logren su mejor desarrollo. La tolerancia entendida como la disposición al mutuo respeto con el objetivo de poder comprender al otro. Y la capacidad para el dialogo, no el monólogo, para encontrar las soluciones que permitan la observación de las normas de convivencia.

El ciudadano

Es la persona entendida en todas sus calidades, en la del polites griego, en la que el ciudadano es el individuo que pertenece a una ciudad o pueblo, o la del civis latino, que es la persona a quien la comunidad se ha comprometido a proteger en todos sus derechos. También debe incluirse a la persona que puede y debe decidir acerca de su vida en comunidad, es decir la del ciudadano político así como la del ciudadano social y la del ciudadano económico, es decir, el ciudadano de la civilidad y el de la cultura. El ciudadano es, entonces, quien diseña la ética que ha de ser observada no solamente por él mismo sino por todos sus conciudadanos en todas las acepciones y sin exclusión de ninguna. Es la persona que puede decidir autónomamente acerca de sí y con la libertad normada por la ética cívica, es decir como un modo de estar en nuestro planeta junto con los demás y no solamente consigo mismo.

Las estrategias derivadas de estas propuestas han sido motivo de diversos exámenes que han puesto de manifiesto la necesidad de su debate, por lo menos en la mayoría de las instituciones educativas del orbe, preocupadas por construir un futuro viable, ya que la educación es la fuerza del porvenir y sin ella no es posible la supervivencia.

Ética y valores

Si no es a partir de los valores, no hay posibilidad alguna de llevar a cabo un proceso educativo. Ello significa que los valores morales son contenidos implícitos y explícitos, inevitables en la educación. Por esta razón y a riesgo de parecer redundantes, hay que puntualizar que cualquier actividad educativa está condicionada por los valores.

Su vigencia es más que necesaria en un sistema social como el actual, en el cual la conveniencia, la prosperidad material y la ganancia fácil se hallan actualmente por encima de aquellos valores fundamentales, considerados antes como soportes de la vida en comunidad tales como el

altruismo, el esfuerzo sostenido y el tolerar al otro. Tal como se ha afirmado repetidamente, puede decirse ahora con más razón que nunca que ser un profesional de la docencia es ser un docente de la moral.

Por consiguiente, la misión del profesional docente va más allá de desarrollar destrezas y suministrar información, ya que su objetivo real es formar al estudiante para que este pueda a su vez ser un buen ciudadano, requisito indispensable para ser un buen profesional. Esta formación se basa en la responsabilidad ética del docente que se expresa en los contenidos transmitidos, los cuales bajo ningún concepto pueden ser amorales y que lo debería poner a cubierto de la paradoja, peligrosa por lo demás, de una sociedad que ha sustituido la autonomía personal por un pretendido dominio sobre los demás, y que ha transformado la tolerancia por la intolerancia expresada en hechos tan perversos como el racismo y el antirracismo, el antisexismo y el sexismo, la individualidad y el individualismo arbitrario, para citar apenas algunos.

Y surge la pregunta: ¿qué son los valores morales? Un valor es un concepto ideado y elaborado por el hombre para entender, codificar y representar el mundo. Su base fundamental es la ética cívica que se apoya en la autonomía del individuo y en las razones de tipo dialógico o sea de naturaleza argumentativa por medio de la cual reconoce la existencia de los diferentes puntos de vista sobre una misma realidad y crea las bases de la tolerancia mediante el entendimiento y la comprensión.

El acceso al conocimiento

Se debe reconsiderar la organización necesaria para la difusión del conocimiento y derribar las barreras artificiales que la obstaculizan.

La gestión de una burocracia pretenciosa y el de la tecnología superespecializada, es decir, el especialismo que se encierra en sí mismo sin permitir su integración a la problemática social, crea un binomio entre los ahora llamados conocedores expertos cuyo conocimiento es tan puntual que es incapaz de socializar, aquellos que, parafraseando al ilustre bilbaíno... “lo saben todo...como serán de tontos” y los también así llamados ignorantes de las nuevas ciencias, es decir la comunidad entera. Se produce así una nueva clase de ilustrados bárbaros y la vieja clase de los ilustrados cultos, ya mencionada por los filósofos españoles, lo que se traduce en dificultades para el acceso al conocimiento por parte de

los segundos especialmente en los países subdesarrollados. Además, desde el punto de vista político, los ciudadanos del común cada vez son más excluidos del conocimiento por los llamados tecnócratas que impiden de esta manera la democratización del conocimiento pese al aparente exceso de información vigente. Esta llamada sobreoferta de la información se suministra tan solo mediante el uso de contraseñas, y consignas diseñadas por personal a menudo incompetentes pero siempre pedante, pues las elaboran para impedir su uso por los no iniciados en una suerte de comunidad cada vez más secreta y destinada tan solo al selecto grupo de escogidos, con lo cual se acrecienta la discriminación. Ante todo esto se plantea la necesidad de regenerar la información con la regeneración del civismo que requiere al desarrollo de una antropo-ética para propugnar por el restablecimiento de la solidaridad informativa que ha de trabajar por la especie humana, ya que forma parte de la triada “individuo – sociedad – especie”.

Nuevos hechos de nuestro tiempo

Consumismo, publicismo y produccionismo

La inquietante desorientación de los valores que se aprecia en la sociedad de nuestro tiempo tiene diversas expresiones, entre las cuales se cuentan el consumismo que va del lado del publicismo desaforado y de un produccionismo sin fronteras, todas ellas con soluciones individualistas, lo que trae consigo generalmente una descomposición social generada por la convicción de que el fin justifica los medios y a la vez una rara indiferencia para reconocer la existencia de estos perturbadores conflictos, lo que hace muy difícil su solución. El consumismo es esa penosa tendencia a acaparar cosas, la mayoría de las cuales carece de sentido y cuyo único resultado tangible es el progresivo e irreversible aumento de las basuras tal como ocurre con Bogotá que produce más de 6.000 toneladas diarias, hecho que ya constituye un problema costoso de salud pública para la sociedad bogotana al paso que en el mundo habitable, 1.000 millones de personas pasan hambre diariamente, pero el 35% de toda la producción alimentaria mundial se desperdicia precisamente en forma de basura. Y qué decir del publicismo, esa extraña mutación del lenguaje publicitario que dejó de ser la metáfora ingeniosa para convertirse en un incesante esfuerzo para disfrazar el engaño al describir las pretendidas y casi nunca probadas bondades de un producto cuya

adquisición logra tan solo encarecer la menguada canasta familiar y que, entre otras cosas, ha transformado al periódico, con honrosas pero muy escasas excepciones, el diario de antes, ése que informaba al lector, en un voluminoso catálogo de ventas con una que otra noticia, disimulada y poco clarificadora. El produccionismo, por su parte, es ese afán desmesurado por producir más y más, sin saber a ciencia cierta para qué y por qué se produce, y que ha invadido todas las esferas de la sociedad incluyendo las educativas. Estas últimas, en una competencia inusual, y con algunas notables excepciones, dedican la mayoría de sus esfuerzos a producir más y más titulados, como si el propósito educacional fuere el de producir únicamente la mayor cantidad posible de diplomados, licenciados, gerentes, técnicos, tecnólogos, profesionales, magísteres, doctorados y expertos, etc., sin reparar mucho, en la calidad de lo titulado dando lugar así a la creación de un nuevo estamento, la titulocracia, mencionada ya por algunos autores latinoamericanos.

Las grandes paradojas

Conviene advertir acá la necesidad de que las universidades revisen sus mecanismos de autocontrol para evaluar la idoneidad de tanto titulado en establecimientos que funcionan 24 horas diarias, todos los días del año y todos los años, y en las que "fatigados docentes" imparten información a "fatigados alumnos" en las horas y los días que fisiológicamente deberían dedicarse al reposo. ¿Qué tan real es la formación de estos graduados somnolientos que pugnan por vencer a la fisiología del reposo invocando una vocación a ultranza? ¿Qué tan fructífera desde el punto de vista formativo puede ser la relación docente-estudiante cuando el primero es visitante ocasional, mal tratado y peor pagado y el estudiante es casi siempre un empleado sometido al arduo desempeño laboral durante las ocho horas que preceden a la denominada clase? Esta política produccionista debe dar paso a una educación con igualdad de oportunidades para satisfacer así las legítimas aspiraciones de progreso del conglomerado estudiantil. La responsabilidad de la universidad se pone en entredicho al avalar tales actividades y plantea la necesidad de estudiar a fondo algunas paradojas incomprensibles y muy propias de nuestra época. Una de ellas, valga el ejemplo, es el hecho de que habiendo tantos economistas titulados en las más exigentes universidades del ramo, seamos testigos de las hecatombes financieras que han dejado tan honda huella en los bolsillos de los con-

tribuyentes. Otra muy llamativa la constituiría el progresivo aumento de las cifras de la violencia, pese al incremento de tanto titulado deambulando en la comunidad. Nadie más capacitado que la universidad para abordar con alguna posibilidad de éxito, el estudio de estos y tantos otros temas que por no producir títulos, han quedado huérfanos en los programas curriculares a pesar de que tengan tanta repercusión en la vida ciudadana. La pregunta obvia es la que salta a la vista: ¿estos titulados si tuvieron alguna formación moral que les permitiera la observación de los valores éticos antes de tomar las funestas decisiones?

La civilización del espectáculo

No es aventurado decir que la intrincada, pero progresiva e irresistible interacción entre produccionismo, consumismo y publicismo ha permitido, entre otras cosas, el florecimiento de lo que el nobel peruano ha denominado la "civilización del espectáculo", en la que el entretenimiento juega un papel primordial para que la frivolidad sea la compañía siempre bienvenida de hombres, mujeres y niños con todas las implicaciones que ello trae consigo y que en últimas inauguran la generalización de la ironía como traducción del individualismo extremo. Por ello, las noticias de la farándula invaden todos los medios en tanto que los problemas planetarios se relegan o lo que es más lamentable se incluyen entre las llamadas "secciones de cultura y entretenimiento" (sic) de algunos periódicos como si lo uno fuera sinónimo de lo otro.

Los nuevos estudiantes

El estudiante - cliente

La reaparición de ciertas clases de estudiantes, una de las cuales, la del "estudiante-cliente", ha contribuido en alto grado a que la concepción de que "el cliente tiene siempre la razón", paradigma de los grandes conglomerados comerciales, entre a desempeñar un papel casi que protagónico en el diseño de los contenidos curriculares y en la forma de desarrollarlos. Hay que recordar que este modelo utilitarista ha permitido el surgimiento de muchas instituciones educativas de calidades poco notables y plantea el curioso hecho de que muy pocas de ellas, por no decir ninguna, sufran por motivos económicos. Todas muestran un extraordinario florecimiento que va parejo con la multiplicidad de los títulos que ofrece y las costosas instalaciones que exhiben. En

2009, las instituciones de educación superior en Colombia tuvieron ingresos netos por \$11.5 billones y sus activos sumaban \$18.6 billones según el informe de la Dirección de Impuestos y Aduanas Nacionales (DIAN) aparecido en un periódico local. Es difícil encontrar una empresa comercial con índices más florecientes. Validos de su calidad de “cliente”, algunos estudiantes, por fortuna una minoría, ejercen con indeseable frecuencia, las prerrogativas del estatuto del consumidor empezando por la más elemental: “si no me atiende como yo quiero, no vuelvo”, con lo cual pone a temblar al estamento administrativo universitario que no puede soportar la terrible posibilidad de “perder un cliente”. De ahí el permisivismo y la contemplación que se traducen, algunas veces, en atenuar el rigor de los reglamentos para poder halagar al estudiante poco rendidor con el fin de que sus debilidades no sean tenidas en cuenta para que las pruebas objetivas de conocimiento se cambien y se remplacen con otras actividades, o que se modifiquen con diversos pretextos las reglas del juego en aras de garantizar la llamada “interacción estudiantil”, la cual se traduce, entre otras cosas, en que los esfuerzos de los docentes se malogren, puesto que la pretensión de que el estudiante malo se torne bueno, lo único que logra es que por contaminación intelectual, el estudiante bueno se torna malo.

El estudiante limitado

Una de las consecuencias del advenimiento del estudiante-cliente en las escuelas de medicina es la creciente aparición de estudiantes de precarios recursos intelectuales, al paso que los más preparados, los estudiantes que todo docente quisiera tener a cargo, emigran hacia otras profesiones en la búsqueda de mejores escenarios en los cuales pueda poner a prueba toda su capacidad. Ello ha traído consigo la debilidad progresiva en los criterios de selección inicial de los estudiantes a tal punto que muchos administradores se vanaglorian solamente por el número cada vez mayor de estudiantes admitidos mediante unos mecanismos no muy claros entre los cuales casi siempre hay un “examen de conocimientos” y una “entrevista”. En la actualidad, pocas personas saben con precisión los criterios que guían estas dos actividades y la justificación de las mismas. Si es en lo atinente a conocimientos, el Estado al otorgar el título de bachiller, requisito indispensable para acceder a la universidad, garantiza que el bachiller los tiene y, por consiguiente, no hay que preguntárselo nuevamente. Bastaría con esta-

blecer un promedio de las calificaciones obtenidas durante el bachillerato del aspirante y con ello seleccionar aquellos que las tengan más altas. El estudiante así admitido se comprometería como ciudadano que debe ser a mantener y a enriquecer esa condición. Por otra parte, las “entrevistas” casi siempre son realizadas por personas muy bien intencionadas y muy competentes para otras actividades, pero que no cuentan ni siquiera con un instrumento que les permita establecer las debidas diferencias entre los aspirantes. De esta manera, la entrevista se convierte, en algunos casos, en una ceremonia de errores de apreciación por parte de los entrevistadores realizada con la mejor buena voluntad posible.

El estudiante “pasador”

El costo de la educación universitaria ha generado en los tutores que solventan estos gastos (padres, familiares, instituciones, etc.) la convicción de que la educación es una inversión semejante a la que se realiza en el mundo de los negocios comerciales. “Yo invertí X número de pesos y, por consiguiente, me deben entregar un médico”, es una frase muy socorrida que recuerda la del comprador de automóviles cuando realiza una transacción de este tipo y que se utiliza cuando quiera que por alguna razón el estudiante no da el rendimiento apropiado para su promoción. El resultado de esta situación es que el alumno presionado por los familiares, docentes y compañeros no vacila en apelar a cualquier recurso para obtener la anhelada nota que le permita “pasar”, o lo que es igual para fines promocionales, aprobar la materia, pero olvidando que lo único que realmente se requiere es que estudie. Esta situación es propicia para que surja en toda su magnitud el estudiante avivato, el que quiere aprobar a toda costa ya que como se las sabe todas, lo menos importante, a su juicio, es estudiar a conciencia, por lo que utiliza muchas de las estrategias indeseables para lograr su objetivo. Estos recursos son múltiples e incluyen desde la copia soterrada y algunas veces manifiesta en las pruebas evaluativas hasta la intimidación a veces clara y otras veces disimulada a los docentes, a sus mismos compañeros y a las directivas que se esfuerzan en buscarles soluciones para que las dificultades sean solucionadas. Así, el estudiante bueno contempla el hecho de que el principio de igualdad no es para todos y corre el riesgo de contaminarse por el aparente éxito de los vivos.

El resultado final es que son muy pocos los aspirantes

con buenas calificaciones en el bachillerato o en las pruebas diseñadas por los entes gubernamentales (Saber 11, etc.) que solicitan su admisión a las escuelas de medicina. De paso, cuando se analiza con detenimiento la mencionada prueba o sus similares surgen de inmediato algunas conclusiones. Una es que algunos apartes son diseñados como para súpergenios aspirantes a ingresar a Harvard, en tanto que otros son como para retardados mentales con el agravante que para interpretar a cabalidad los resultados es necesario realizar un curso muy exigente y reservado, ya que no son de dominio público.

Es probable que estas y otras clases de estudiantes hayan existido desde que apareció la primera universidad en Bolonia hacia 1087. Pero es indudable que en los últimos tiempos su presencia se ha hecho más ostensible en los claustros académicos, por lo que es muy probable que esta sea una de las razones por las que el “estudiante-cliente”, el “estudiante limitado” y “el estudiante pasador” no investigan, no escriben, no participan en la gestión comunitaria, no hacen deporte; carecen del sentido del humor y consideran que el desaliño es sinónimo de eficiencia. Simplemente se gradúan, con lo cual se plantea otro interrogante de difícil respuesta: si bien es cierto que cualquier persona puede ser médico, ¿será también cierto que cualquier persona deba ser médico?

La feminización del estudiantado de medicina

La presencia de la mujer en el ámbito estudiantil supera al 80% de los matriculados en cualquier universidad. Y en las facultades de medicina este fenómeno es cada vez más acentuado. De este modo, las nuevas generaciones de médicas van ocupando progresivamente los campos originalmente ocupados por el hombre que se ha desplazado hacia otras áreas profesionales en las que su capacidad de liderazgo y de iniciativa pueda ponerse de manifiesto más fácilmente. Surge así la estudiante de medicina. Conviene aclarar que aquí no se mencionará nada atinente al ejercicio propiamente dicho de las profesionales de la salud, ya que tan solo se harán algunas apreciaciones sobre la mujer como estudiante y a unos aspectos de la estudiante comparándolos con los similares de sus colegas del género opuesto.

La estudiante tiene una natural facilitación para la empatía y en comparación con los estudiantes son capaces de crear más rápidamente ambientes positivos por medio del lenguaje verbal, la actitud, la sonrisa y el tono casi siempre

afable de la voz y del gesto. Muestran además una mayor capacidad para el trabajo en grupo, interesándose mucho en los problemas de todos y cada uno de sus miembros. Estas indudables características son bienvenidas en el ámbito estudiantil, pero en algunas ocasiones, no siempre por fortuna, son utilizadas para manipular a los docentes y los hacen proclives a caer en el error de aureola a la hora de las evaluaciones. Lo paradójico de esta situación es que las estudiantes en su gran mayoría tienen atributos intelectuales suficientes para sortear con éxito las pruebas de evaluación y, por lo tanto, no requieren de estas pretendidas ayudas.

Afortunadamente las posibilidades de que las alumnas consideren que el uso de sus características físicas constituyan argumentos de razón, empieza a ser cuestionada por las mismas protagonistas y, por ello, la manipulación visual ya no constituye el más preferido recurso de las alumnas para sobrepasar con éxito las pruebas que las instituciones exigen en sus reglamentos, pero es una espada de Damocles siempre presente que hay que tener en cuenta para que las y los docentes a cargo de las alumnas y alumnos no tengan que ansiar el calificativo de simpáticos, ya que ello equivaldría a que las y los docentes se crean obligados a formar parte de la sociedad de la seducción que prefiere las normas de la complacencia a la observación de las estatutarias.

El educador médico y la nueva cultura

Ante la nueva cultura de la seducción y del entretenimiento, y ante los nuevos alumnos, el educador médico se debate entre sus tribulaciones y sus desafíos. Por una parte sigue suponiendo que su rol en el suministro de la información y de habilidades mantiene su importancia, pero percibe que su función formadora en los campos de la ética y los valores necesarios para la creación de buenos ciudadanos se han desvirtuado en aras de las exigencias de una nueva sociedad, la de la ética indolora de los filósofos franceses enfocada casi que por definición al florecimiento económico.

Entre las tribulaciones del educador médico se deben mencionar exigencias como las de la Federación Ejecutiva de Educación Médica (2009) y los principios generales de la Association of American Medical Colleges (2010) que resumen así los atributos del buen docente clínico: a) Vocación docente; b) Protagonismo del estudiante en el acto del aprendizaje; c) Elevación del nivel cognitivo; d) Excelente base de conocimientos; e) Estímulo a la participación estudiantil; f) Preparación del material audiovisual

con las nuevas técnicas de información; g) Disponibilidad permanente para la tutoría estudiantil; h) Promoción del autoaprendizaje y desarrollo y estímulo de la motivación estudiantil; i) Excelencia en la comunicación; j) Sensibilidad ante las necesidades estudiantiles; k) Paciencia y tolerancia con los conflictos estudiantiles; l) Diseño de los sistemas de evaluación y promoción, así como de sus propios sistemas de autoevaluación del contenido curricular desarrollado; m) Fluidez en dos idiomas, por lo menos. Todas estas cosas debe realizarlas mediante una relación contractual con las instituciones educativas que al no ser ni siquiera de medio tiempo en más del 80% de los casos, supone una carga de trabajo considerable, ya que el atribulado docente médico ha de buscar otras fuentes de ingreso para equilibrar su presupuesto familiar. Agréguese a esto la exigencia de la especialización en educación a sus expensas como requisito para su actividad y se tendrá una visión aproximada del desolador panorama para el educador médico. Es probable que esta situación sea la causante del poco protagonismo profesional que muestran los nuevos docentes, muchos de los cuales se refugian en esta actividad a la espera de otras oportunidades laborales, casi nunca logradas pero siempre soñadas.

Las vicisitudes del educador médico

Pero las vicisitudes del educador médico sobrepasan estas limitaciones, pues no puede dejar de observar que la universidad ya inició un proceso cada vez más acelerado de pérdida de protagonismo en el suministro de información y de creación del conocimiento, para darle paso a la web, que se constituye así en sus nuevas fuentes. De hecho, las universidades, en una gran proporción, hacen caso omiso de la realidad impuesta por las nuevas tecnologías de transmisión de la información y siguen pretendiendo que sus docentes compitan exitosamente con los servidores electrónicos y persiste en diseñar sus contenidos sin reconocer la existencia de la comunicación virtual favoreciendo así la proliferación de los “cibernautas iletrados, legos e ignorantes”, los cuales pretenden que con entrar a internet y hacer click dominan la comunicación y la información en ella contenida. Por ello son tan escasos los programas universitarios basados en el alfabetismo en internet que le permitan al usuario aprender a desligarse con éxito de las jerarquías del poder vertical universitario. La universidad ya cedió el paso a una expansión de saberes poco imaginable anteriormente,

que ha traspasado la concepción de la antigua universidad como reserva y productora de la información y del conocimiento, para ser superadas por los nuevos proveedores que en número casi infinito, construyen múltiples espacios de producción y distribución de saberes, reduciendo así el imperio del aula como célula del aprendizaje, por lo cual se tornan ineficaces y obsoletas las concepciones tradicionales del aprendizaje enciclopédico para remplazarlo por el de aprender a comprender por medio del diseño de las competencias básicas haciendo a un lado el aprendizaje memorístico. Pareciera que el conocimiento tendiera a ubicarse cada vez más en la web, en los conglomerados bibliotecarios digitalizados y en los procesadores de la información con el agravante de que la desmesurada producción de saberes hace que estos tengan una vigencia muy limitada a tal punto que la necesidad de la autoactualización constituye ya un imperativo categórico, solucionable en algún grado mediante el uso apropiado de los recursos de internet, alternativa cómoda, aunque imperfecta.

Este es uno de los tantos dilemas que ha de resolver la universidad en esta era de globalización. ¿Será que entra a formar parte de uno de los monopolios de transmisión de los nuevos saberes? ¿Será que es capaz de crear su propio espacio de creación de saberes para sobrepasar el de depositaria de la información? El debate ya se está desarrollando en muchos ámbitos, pero las respuestas aún son esquivas. Mientras tanto, el atribulado docente de medicina tiene que desarrollar programas memorísticos que tienden a ser aún más enciclopédicos y que hacen a un lado la sabia posibilidad de trabajar en una universidad que enseñe poco, pero bien y en la que el estudiante pueda aprender más y mejor como es que se aprende para que logre transformar la pretérita concepción del aprendizaje en una forma de vida y para toda la vida, no solamente para promocionarse al curso siguiente y obtener así el tan ansiado título.

¿el docente médico, una especie en vía de extinción?

El creciente desánimo de los docentes médicos ha permitido la aparición cada vez más notoria de las docentes médicas que ya ocupan sitios de privilegio antes reservados a sus colegas masculinos. Como ya se ha dicho, múltiples estudios han puesto de manifiesto que las docentes médicas tienen un estilo de comunicación más amable y que su verbalización y actitud son en general más agradables que las de sus

colegas masculinos. La feminización de la docencia médica se afianza cada vez más debido a muchos factores, entre los cuales el ejercicio parcial de la profesión, la posibilidad de un sueldo fijo y la de atender simultáneamente labores hogareñas juegan un papel cada vez más importante, ya que en general las docentes medicas prefieren jornadas de trabajo más cortas y son poco amigas del multiempleo.

Es de esperar que con su habitual perspicacia, las nuevas docentes médicas logren autorregularse para evitar el ya mencionado error de aureola y la controvertida solidaridad de género que las ponga a cubierto de las debilidades de sus congéneres masculinos al evaluar a las estudiantes y a los estudiantes de medicina y es de esperar también que la feminización del estudiantado médico pueda añadir a la relación médico-paciente, el calor humano, la empatía y el cordial entendimiento del que se deshicieron los docentes médicos masculinos que por preocuparse en exceso por una esquivada eficiencia, perdieron esta última calidad sin que las primeras lograran brillar por su incremento. También

es necesario hacer votos para que se equilibre de alguna manera el excesivo apego a las novedosas técnicas didácticas que caracteriza a las neófitas docentes de la medicina, para evitar el doctrinarismo y la intransigencia a la hora de elaborar los contenidos y las técnicas de evaluación que no por rigoristas puedan considerarse más eficaces para evitar así la censura y el estatismo académicos que se extasían con la forma de hacer las cosas relegando el contenido hacia otras instancias desconocidas para el resto de la comunidad universitaria. No hay que olvidar que lo viejo no es malo por viejo sino por malo, y que lo nuevo no es bueno porque sea nuevo sino porque es bueno, como ha dicho la sabiduría popular en boca del ilustre maestro madrileño: “Es que la educación médica es una actividad demasiado importante como para dejarla exclusivamente en manos de los educadores profesionales y de los que pretenden serlo, ya que requiere un compromiso político y social para poder lograr a cabalidad sus objetivos”.

